



Desde 2001 trabaja en RTVE. Tras su breve paso formativo por varios diarios y radios locales en Valencia y el periódico *Generaler Anzeiger* de Bonn (Alemania), inició en Madrid sus años en RNE como redactora de Radio 5 Todo Noticias, del Área Internacional, de Radio Exterior de España y de los magazines de la franja de mañana, tarde y noche de Radio Nacional.

Dori  
Toribio

Dori Toribio es la  
Corresponsal de  
RNE en Estados  
Unidos.

En estos 12 años ha presentado y dirigido programas y especiales, y como reportera ha elaborado reportajes por España, durante el X Aniversario de Radio 5, y por el mundo: desde Bruselas a Dakar, pasando por México, Panamá, los campamentos de refugiados saharauis en Argelia o el centro de detenciones de Guantánamo, Cuba.

En 2010 se trasladó a Washington como Corresponsal de RTVE, encargándose de la cobertura de la actualidad política, económica y social del país desde entonces.

Dori Toribio (Valencia, 1979) habla cuatro idiomas, es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Valencia, Máster de Radio de la Universidad Complutense de Madrid y Máster de Comunicación Política e Institucional del Instituto Ortega y Gasset. Cursó el Doctorado en Relaciones Internacionales y UE de la UCM y la Capacitación de Observadores Electorales para misiones de la OCDE y UE de la Escuela Diplomática de Madrid.



» [https://twitter.com/DoriToribio\\_Rne](https://twitter.com/DoriToribio_Rne)

# EL DIFÍCIL CAMINO DE OBAMA

hacia una histórica reelección

Dori Toribio

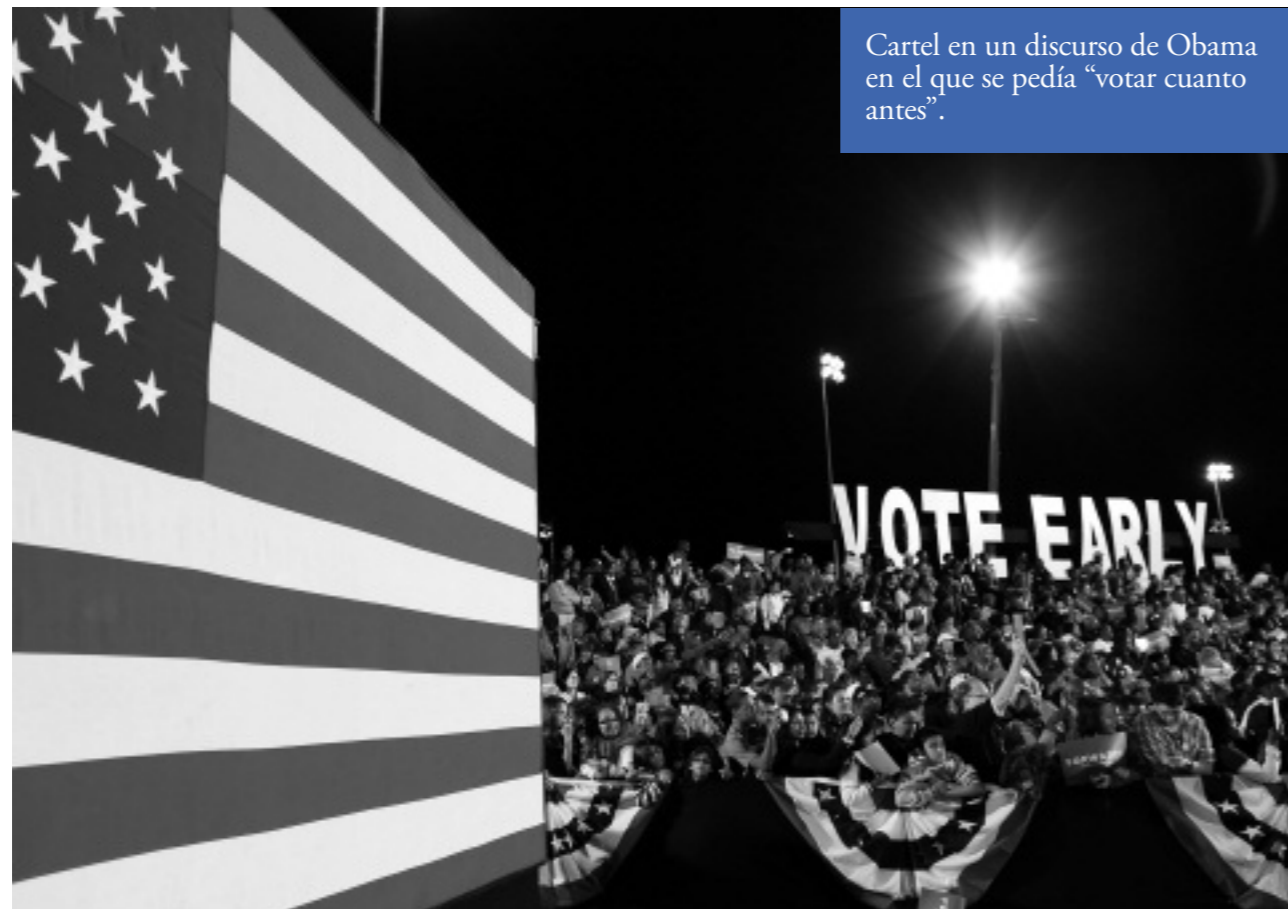
**B**arack Obama consiguió renacer de sus cenizas. Tras una larga y ajustada batalla electoral, el presidente se alzó con la reelección el pasado 6 de noviembre. No fue fácil. Ni tampoco lo será a partir de ahora. Un Congreso fracturado y un año de agresiva campaña continua pueden pasarle factura. Pero este Obama ya no es el mismo de hace unos meses. Su sonrisa tranquila, su mirada relajada y su discurso poderoso dibujan a un presidente que se ha quitado de encima el peso de la desconfianza y la desilusión de sus ciudadanos. Es algo más libre ahora que no hay otra reelección pendiente.

¿Será suficiente una victoria por 125 votos electorales y tres millones de papeletas para borrar el rastro de esta batalla que ha disparado a los puntos débiles del presidente de EE.UU.? ¿Ha resurgido Barack Obama con mayor legitimidad y poder de esta larga contienda, en la que le hemos visto caer y levantarse de las encuestas, volverse invisible en algún debate, encogerse en las entrevistas más duras, desaparecer bajo el ataque rival, recuperar el liderazgo ante la adversidad natural, crecer tras la victoria y derramar algunas lágrimas de despedida en Iowa y en Chicago?

Esta campaña electoral nos ha recordado que Obama es humano. Una obviedad que olvidamos con frecuencia de los que ostentan la presidencia más poderosa del planeta. Pero el camino, hasta que cayeron esas lágrimas, fue largo.

Estas elecciones se vieron sacudidas por varios golpes inesperados, poniendo las cosas difíciles a los candidatos e interesantes a los medios. Una larga cadena de elementos que nadie veía venir. Desde la dura competencia que acabó representando el candidato presidencial republicano Mitt Romney, que supo ofrecer su experiencia empresarial como el remedio económico de EE.UU. frente a las promesas incumplidas del presidente Obama, a la tradicional sorpresa de octubre que resultó ser una tormenta perfecta.

La última noche electoral, en el cuartel general demócrata en Chicago, recuerdo a un grupo de periodistas sentados en unas escaleras, café en mano, poco antes del amanecer. Arrastraban los 18 meses que habían pasado ya desde la primavera en la que Romney anunciaba sus aspiraciones. No resulta difícil entender cómo la pequeña Abbie, de 4 años, se convirtió



Cartel en un discurso de Obama en el que se pedía "votar cuanto antes".

en un símbolo de esta carrera presidencial 2012, cuando sentada en el coche con su madre mientras escuchaban la crónica política de la radio pública NPR, rompió a llorar desconsolada "cansada de Bronco Bama y Mitt Romney". El video batió récord de visitas en internet y a la familia de Colorado le fueron llegando muestras de solidaridad desde todo EE.UU. Hasta un comunicado de la emisora pública pidiendo disculpas a la pequeña, confesando que también estaban cansados de la eterna campaña. Abbie subió otro vídeo a la red el 7 de noviembre, suspirando de alivio y felicidad porque las elecciones habían terminado con la victoria de Bronco Bama, por fin.

Han sido 18 meses de largo camino electoral, en los que se han escrito varias páginas de historia política. En mayúsculas queda, imborrable, el capítulo de la importancia del voto de las minorías en el escenario sociodemográfico del país y el futuro inevitable del español en EE.UU.

## 1 La campaña continua y eterna

La campaña electoral estadounidense de 2012 ha pasado a la historia como la más cara. También como una de las más ajustadas de las últimas décadas. Y ambas premisas están íntimamente relacionadas. Tras la "paliza" republicana a Barack Obama en las elecciones legislativas de 2010, un índice de popularidad bajo mínimos durante meses y una tasa de desempleo sostenido en torno al 8% en los últimos años, todo apuntaba hacia una difícil reelección del presidente de EE.UU. Pero nadie imaginaba hasta qué punto. "No lo veo claro" se escuchaba en los improvisados corrillos políticos aquí en Washington, con un toque de incredulidad de quien sabe casi imposible que el presidente que arrasó hace cuatro años pierda la Casa Blanca.

## Una larga y dura batalla electoral plagada de golpes bajos, inversiones millonarias en publicidad electoral y redes sociales, avalancha de acentos en español y pugna hasta el último rincón de EE.UU. por el último voto en juego

Ni siquiera las encuestas más oscuras se atrevían a pronosticar al comenzar el año una tan dura batalla electoral entre aquel joven senador de Illinois que encandiló al mundo y el ex gobernador de Massachusetts que comenzó la larga carrera de las primarias republicanas como la opción "menos mala" entre las que había sobre la mesa conservadora. Sin embargo, desde que consolidó su candidatura presidencial en primavera, las primeras encuestas dibujaron un empate técnico entre Obama y Romney, presagiando lo que estaba por venir: una larga y dura batalla electoral plagada de golpes bajos, inversiones millonarias en publicidad electoral y redes sociales, avalancha de acentos en español y pugna hasta el último rincón de EE.UU. por el último voto en juego. Sobre todo en la decena de estados clave en cuyas manos estaban las elecciones.

"He decidido silenciar la televisión cada vez que aparece uno de esos anuncios..." escuchábamos poco antes de las elecciones en un pequeño restaurante de Virginia, uno de los territorios más disputados. "Si estáis cansados de escucharme decir que apruebo este mensaje, creedme, yo también", aseguraba el presidente

Obama en su discurso de clausura de la Convención Demócrata en Carolina del Norte, sobre esa frase final de cada uno de los anuncios electorales: "I approve this message".

En un desesperado intento por devolver el golpe al rival y dar la vuelta a las encuestas, Barack Obama y Mitt Romney se han gastado más de 2.600 millones de dólares. Desde las primarias republicanas, a las convenciones del pasado verano, pasando por los debates y hasta el día de las urnas, el coste total de estas elecciones asciende a los 6.000 millones de dólares, convirtiéndose en las más caras de la historia.

Tras unas eternas primarias republicanas, el ex gobernador de Massachusetts se hacía con la nominación oficial del partido en la Convención Republicana de agosto en Tampa, Florida. Culminaba así una dura batalla para desmarcarse de sus siete oponentes, representantes de todo el espectro ideológico conservador. Mitt Romney cargaba a sus espaldas la etiqueta de "moderado" cuando consiguió los 1.144 delegados necesarios para dar por concluidas las primarias.

La pugna descubrió las heridas del alma republicana y al finalizar los cinco meses de elecciones en busca del candidato presidencial del partido, el reto era reunir de nuevo todas esas voces divididas entre los extremos. Se dijo que Romney no podría convencer a las bases republicanas, que jamás reunificaría todas las alas del partido y que su carisma no arrastraría el voto unánime conservador. Pero a medida que las encuestas le iban dando mayor empujón, las dudas parecían disiparse. Romney fue recibiendo los apoyos de sus más dramáticos rivales durante las primarias y los nombres de Newt Gingrich y Rick Santorum se fueron diluyendo en el bien común.

Un sólido candidato aceptaba la nominación del partido en una convención que, bajo los calores húmedos de Florida y con el permiso del huracán Isaac que arrancaba un día de calendario político, inyectó una ingente dosis



de energía a los republicanos. Junto a su joven compañero de fórmula, Paul Ryan, se ofrecieron como artífices de la recuperación económica de EE.UU. Ellos representaban la eficacia frente a la decepción de un presidente que no ha cumplido con su palabra, repetían ante los medios los miles de asistentes a la convención entre botas de cowboy, chapas de Reagan y algún que otro perrito caliente.

Mitt Romney cosechó una audiencia millonaria con un discurso práctico y preciso: su experiencia empresarial le convertía en la llave hacia la creación de empleo que el país necesitaba. Frente a los sueños e ilusiones, su currículum. Convenció a las encuestas. Claro que también lo hicieron los demócratas tres días más tarde.

Sin deshacer las maletas, los miles de periodistas cruzamos hasta Carolina del Norte, suplicando no más sorpresas meteorológicas. Sin suerte. Un diluvio tropical suspendía el gran discurso del presidente Barack Obama en el estadio Bank of America de Charlotte. Pero aquello no apagó la ilusión de una convención que ofreció a los demócratas justo aquello que necesitaban: fe en su líder. Los pesos pesados del partido respaldaron al presidente, recordando los logros de su gestión a lo largo de los últimos cuatro años: evitar una segunda Gran Depresión, impulsar la reforma sanitaria, comenzar la de Wall Street, rescatar el sector del automóvil (el famoso "Bin Laden is dead. General Motors, alive" que pronunció el vicepresidente Joe Biden, convirtiéndose en el símbolo de esta campaña), refinanciar las hipotecas de los ciudadanos, reorganizar el repliegue de Irak y Afganistán, matar a Osama Bin Laden, apoyar el matrimonio homosexual y detener las deportaciones de los soñadores (*Dreamers*), jóvenes estudiantes sin papeles. Ni rastro de Guantánamo, Latinoamérica o Europa. Pendiente dejaban la reforma migratoria.

Los suyos acudieron al rescate de Obama. Una entrañable Primera Dama apelaba al nodo emocional cuando nos explicaba que aquel joven Barack del que se enamoró, seguía

*"No era optimismo ciego. Los tiempos han cambiado y yo también. Ya no soy sólo un candidato. Soy el Presidente"*

siendo el mismo. Los hermanos Castro firmaron el sueño americano con acento hispano. Y el ex presidente Bill Clinton declaraba la paz con los Obama tras las sangrientas primarias de 2008, exponiendo las cifras por las que seguir creyendo en el comandante en jefe cuatro años más.

El auditorio se caía con la ovación a Clinton, que consiguió inyectar la pasión perdida a los demócratas. "Quería recuperar la ilusión que sentí hace cuatro años", nos contaba entre el público una voluntaria de campaña del estado de Nuevo México. Aquella noche, en las eternas colas para una cena poco saludable, nos encontramos a uno de los portavoces hispanos de la Casa Blanca. El listón estaba muy alto después de Michelle Obama y Bill Clinton. El presidente no podía fallar. Y no falló. Pero sí se transformó.

El presidente de EE.UU. comenzó su discurso en la clausura de la Convención Demócrata pidiendo paciencia ante las promesas incumplidas y explicando qué pasó con aquel joven soñador: "No era optimismo ciego. Los tiempos han cambiado y yo también. Ya no soy sólo un candidato. Soy el presidente". No prometió cambio. Change. Sino que pidió a los votantes que eligieran bien entre dos modelos de Estado y gobierno. Choice. Pidió un esfuerzo a los estadounidenses para salir de la peor crisis

tras la Gran Depresión. "No será fácil ni rápido. Nunca dije que lo sería. Pero llegaremos a un sitio mejor".

No hubo magia. Tampoco pasión. Pero sí convenció a unos votantes que miraban con ojos suplicantes esperando reencontrarse con el líder que les enamoró en 2008. El voto emocional de aquel Obama corría el riesgo de convertirse en abstención cuatro años después, pese a una lista más que respetable de logros en su primer mandato. El listón estaba tan alto, entre el mesías y la estrella de rock, que cumplir todas las expectativas era sencillamente imposible.

*No importa cuántas veces había pedido Obama más tiempo, asegurando no tener una varita mágica económica. El mensaje no acababa de conectar con los estadounidenses*

Había decepción y desilusión, mirando las estadísticas del paro en los últimos 14 meses. El voto emocional se podía perder tan rápido como se había ganado en su día. Son las razones del corazón que la razón no entiende. No importa cuántas veces había pedido Obama más tiempo, asegurando no tener una varita mágica económica. El mensaje no acababa de conectar con los estadounidenses. Dicen que ése es uno de los grandes puntos débiles del presidente. Él mismo habló de la "burbuja de la Casa Blanca" cuando compareció tras su derrota en las elecciones de mitad de mandato en 2010. Algunas teorías apuntan a su perfil de "profesor de Harvard". La eterna división entre los Reagan y los Clinton. Los presidentes del pueblo y los doctorados Cum Laude. Nunca he creído en esa premisa. Bill Clinton combina lenguaje sencillo, carisma y conocimiento. La lejanía en el discurso tiene un componente de temperatura comunicativa que es difícil de reparar. Pero no imposible. Así lo comprobamos en los debates.

## 2 Los agitadores debates

Si una cosa hemos confirmado estas elecciones es el poder de los debates electorales, que consiguieron sacudir la campaña y redibujar el mapa electoral a pocas semanas de las elecciones. Siempre he sido una firme creyente en la eficacia de este género político y periodístico cuando está bien organizado, estructurado y ejecutado. EE.UU. es el ejemplo firme de ello, con una larga tradición y décadas de ejercicio. Deben cumplirse estrictamente todos los requisitos, eso sí. El formato debe ser impecable, alternando preguntas del público, con cara a cara en sentido estricto, realización ágil y periodistas de máxima solvencia moderando el encuentro.

Los debates se convierten así en toda una institución que los candidatos preparan a conciencia en los llamados *debate camps*, recluidos durante un par de días bajo un entrenamiento casi militar. No sólo deben saber qué dicen sino cómo lo dicen, adaptándose al formato mediático, como una obligación presidencial. Un formato cerrado y reglamentado por la comisión de debates presidenciales, y adaptado al medio televisivo y radiofónico, para no olvidar que es un programa en emisión. El ritmo, agilidad, realización y pautado importan y mucho. Y si el periodista lo maneja con pericia, además, es un gustazo.

La disposición ciudadana a sentarse frente al televisor y seguir los debates es incuestionable, con una media de 60 millones de telespectadores en las cuatro últimas citas. El candidato debe aprovechar la convocatoria masiva que le ofrece este formato para perfilar su carácter, su mensaje y su presencia sobre el escenario. Todo en directo y bajo máxima presión. Un error es mortal. Ninguna encuesta ni estudio acaba de asegurar que los debates electorales cambien definitivamente la intención de voto. Pero un error sí puede decantar una balanza indecisa, como aseguraron los asesores



del republicano John McCain tras el último debate contra Obama en 2008.

Esta cita democrática que en este país responde a una larga tradición, es una obligación para cualquier político que aspire a la Casa Blanca y los ciudadanos la sienten como una exigencia a sus políticos para que “les expliquen” quiénes son, qué van a hacer y con qué tono... Se convierte en toda una celebración electoral. Aumentando la intensidad aquí en Washington, donde la política se convierte en afición en cuanto te descuidas, los restaurantes celebran fiestas con menú adaptado a la cita electoral, se organizan bingos para seguir los cara a cara y la conversación al día siguiente gira exclusivamente a la actuación de los candidatos, desde la hora del primer café. Y en estas elecciones, la cita era importante, porque según muchos estadounidenses confesaban, era la primera vez que verían a Mitt Romney competir en categoría presidencial con Barack Obama.

El presidente no cometió ningún error imperdonable. Pero sí se convirtió en un candidato invisible en aquel primer debate en Denver, Colorado, tras el que cayó en picado en las encuestas. El candidato republicano, rápido y muy preparado, supo condensar su receta económica en mensajes claros y enumeraciones ágiles. Se divirtió y lanzó un mensaje de centro, lejos de sus últimos tropiezos en la campaña electoral. A su lado un Barack Obama con la mirada baja, titubeante, inseguro por momentos y sin energía. No miró a la cámara para dirigirse a los ciudadanos hasta el último minuto. “Tuve una mala noche” confesaba horas después. Pero la señal de alarma para muchos estaba encendida, se repetían demasiados signos de debilidad presidencial. Desde la Convención Demócrata, pasando por varias entrevistas donde un agotado presidente bajaba la mirada asumiendo sus grandes fracasos, como la reforma migratoria, a este primer debate en el que Barack Obama no parecía el mismo político de discurso poderoso y oratoria impecable. Mitt Romney tampoco parecía el mismo.

Ninguno recogió la argumentación que venían manteniendo en su línea de campaña electoral. No hubo sangre. Pudo haberla habido.

## *El presidente de EE.UU. remontó en el segundo cara a cara, una intensa cita televisiva plagada de interrupciones, acusaciones y reproches mutuos*

Romney podría haber aprovechado para insistir en las promesas incumplidas de Obama en Denver, el mismo escenario de su gran discurso en la Convención Demócrata de 2008. Un paralelismo que obvió. El presidente de EE.UU. tampoco hizo referencia alguna al gran tropiezo republicano: el 47% de los estadounidenses de los que Romney dijo eran víctimas y no le preocupaban nada, en aquel vídeo filtrado de una cena privada de recaudación que para muchos había herido de muerte la campaña republicana. No fue así. Mitt Romney revivió en aquel primer debate. Ganó oxígeno hasta que el presidente de EE.UU. remontó en el segundo cara a cara, una intensa cita televisiva plagada de interrupciones, acusaciones y reproches mutuos, y también consiguió imponerse en la tercera cita centrada en política exterior, utilizando el viejo recurso: la experiencia presidencial frente a la falta de tacto diplomático del aspirante.

Pero para muchos el presidente ya había quedado seriamente dañado en aquel primer cara a cara, que había dejado al descubierto su debilidad. Podía ser derrotado y aquel escenario que durante meses había sido imaginario, de repente tomaba forma en un plató de televisión.



Obama y Romney saludando a los asistentes tras el primer debate.

Fueron cuatro grandes debates, que estoy segura servirán para ampliar los manuales de comunicación política. En aquellas citas electorales, tuvimos incluso nuestra ración de referencias a la no tan olvidada Europa. Y a España.

### **3** *La no tan olvidada Europa*

**E**uropa ha jugado un mínimo papel en esta campaña electoral, mucho menos de lo que debiera, de la misma manera que dentro de la agenda política y mediática de EE.UU., con escasas, difusas y erróneas referencias.

Los primeros reproches a Europa desde este lado del Atlántico saltaba hace más de un año, cuando caía el otoño de 2011. El presidente Barack Obama, con la mirada puesta en Grecia, urgía a los líderes europeos a tomar medidas con mayor contundencia ante la crisis de la Eurozona, que se estaba dejando sentir a este lado del mundo y amenazaba la recuperación mundial. Algo que Bruselas no encajó bien, mentando el tono paternalista de la primera economía del

mundo, según el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durao Barroso.

Durante meses, pese a las insistentes preguntas de los periodistas en la diminuta sala de prensa de la Casa Blanca, Obama captó la indirecta y dosificó sus palabras. Washington se reponía de un verano infernal en el que el bloqueo político en el Congreso había llegado a sus últimas consecuencias, casi paralizando el aumento del techo de la deuda y dejando al país al borde de la suspensión de pagos. No era momento de repartir consejos al mundo. Pero era inevitable.

Un todavía aspirante a la candidatura republicana Mitt Romney comenzó entonces a acusar a Obama de inspirarse en el “modelo socialista europeo” y de querer llevar a EE.UU. por el mismo camino. “Yo no creo en Europa. Creo en América” repetía en la celebración de sus victorias en las primarias republicanas.

Dando un paso más allá, el ex presidente Bill Clinton, entraba poco después en la campaña demócrata: “¿Por qué las cosas no van bien? Porque Europa tiene problemas y porque nuestro Congreso republicano ha adoptado la política económica europea”. No es sólo que la zona euro esté lastrando el crecimiento, aseguraba la construcción del



Barack Obama hablando con los líderes del G8 en Camp David, Estados Unidos, en el marco de la cumbre del G8.



discurso demócrata esos días, es que los republicanos van a llevar al país por el mismo camino europeo si siguen poniendo el foco en recortes y austeridad. Y entonces, llegaba la enumeración: como en Grecia, Portugal, Italia y España.

La Casa Blanca dejó las medias tintas el fin de semana de mayo de la reunión del G8 en Camp David, de la que salimos en ruta hacia la cumbre de la OTAN en Chicago. Washington exigía sin reparos medidas urgentes a los dirigentes de la UE para solucionar la crisis de la deuda. Obama actuaba de contrapeso de la canciller alemana, insistiendo en su receta: más inversión pública para estimular la economía y crear empleo o acciones más contundentes del Banco Central Europeo para proteger el euro. La eurozona había pasado a convertirse en un arma electoral.

Los republicanos no creían en Europa. Ni querían acabar como ella. Más rapidez, más liderazgo, más crecimiento y menos recortes, reclamaban los demócratas. Y entonces, ante el temor a una renovada recesión, Obama pronunció aquella frase que pondría a España en el centro de las miradas: "Si hay menos

demanda para nuestros productos en lugares como París o Madrid, eso puede significar menos negocios para nuestros fabricantes en Pittsburgh o Milwaukee". La imagen de una Europa oscurecida entraba en campaña. "In American politics, being European is bad again" escribía la periodista Helen Cooper en *The New York Times*. "En la política americana, ser europeo es malo otra vez. De la Guerra de Secesión, pasando por el New Deal de Roosevelt, hasta hoy. Europa ha pasado a ser un argumento arrojado de demócratas y republicanos".

De Madrid a Milwaukee. Europa podría afectar a las elecciones. España también. Y como tal amenaza borrosa e inexacta entró en los debates electorales, como el ejemplo de lo que había que evitar, según Mitt Romney. Insistía en la necesidad de recortar el déficit público de EE.UU., cuando en el fragor de la batalla, aseguró que no quería ir por el camino de España. "España gasta el 42% de su economía total en el gobierno. Nosotros estamos gastando ahora el 42% de nuestra economía en el gobierno. Yo no quiero ir por el camino de España. Yo quiero ir por el camino del

*Europa acumula demasiados reproches desde este lado del mundo, desde el que luego siempre se insiste en la profunda amistad histórica y el respaldo incondicional a un aliado imprescindible*

crecimiento que pone a los estadounidenses a trabajar" fueron sus palabras, generando reproches merecidos al otro lado del Atlántico, por lo inexacto de sus afirmaciones. Que además coincidieron con aquella galería fotográfica en la portada del diario *The New York Times*, dibujando un país poco representativo, entre "la austeridad y el hambre" en blanco y negro.

Fueron muchas las referencias republicanas a un modelo europeo que económicamente ha fracasado, según su razonamiento, con el derroche público en el centro de todos los males, asociado en numerosas ocasiones al "socialismo" y partiendo de una gran confusión histórica y geográfica. "No debemos dar ni un dólar para ayudar a Europa. No es nuestro trabajo" llegó a decir abiertamente el candidato presidencial republicano. Una relación algo más amable con el viejo continente proponía Obama, pero sin olvidar los reproches y la preocupación económica. "No podemos permitir que España se derrumbe" dijo en una entrevista

radiofónica, justo después de sentarse en el programa nocturno de Jay Leno y asegurar que ni España ni los líderes europeos habían respondido al estallido de la crisis al inicio de la burbuja inmobiliaria, con la rapidez y capacidad "con la que podían haberlo hecho". Unas declaraciones que no eran nuevas ni oscuras. Era el mismo mensaje que Barack Obama llevaba lanzando meses a Europa, pero que resonaron con fuerza al otro lado del charco por el intenso momento que vivía la campaña estadounidense. Europa pasó en pocos meses de no ser un factor político ni mediático en EE.UU. a convertirse en el centro de las miradas electorales. La razón: la economía era el eje de la campaña y la crisis europea era un lastre para la recuperación económica global y estadounidense, pese a que en el cuarto y último debate electoral, centrado en política exterior, Europa no ocupara ni un solo segundo.

Así se desprende también de las palabras del embajador estadounidense en España, Alan D. Solomont. En declaraciones a periodistas en Sevilla aseguraba que los "comentarios del presidente Obama indican simplemente la importancia de España y Europa para EE.UU. No han sido realmente negativos", sino indicativos de lo fundamental que es la recuperación española y europea para la economía estadounidense. Recordando además la larga lista de ocasiones en las que la administración estadounidense, optimista, ha respaldado las medidas emprendidas en España recientemente.

La imagen de España aquí suele ser inexacta y borrosa. Y Europa acumula demasiados reproches desde este lado del mundo, desde el que luego siempre se insiste en la profunda amistad histórica y el respaldo incondicional a un aliado imprescindible. Pero es injusto asegurar que la connotación siempre es demoledora. En ocasiones, las palabras ganan peso oscuro a llegar al receptor, mientras el emisor tan sólo estaba buscando, posiblemente con poca precisión, el ejemplo que mejor encaje en la dialéctica electoral y la actualidad geopolítica.



Barack Obama en las oficinas del FEMA (Federal Emergency Management Agency) de Nueva York.



#### 4 La tormenta perfecta

Dice la tradición no escrita que en EE.UU, poco antes de las elecciones de noviembre, hay un factor sorpresa que revienta las encuestas y decanta la balanza. Este 2012, todo apuntaba a que serían los debates. Pero cuando los sondeos estaban más ajustados que nunca y se especulaba con unas elecciones que acabarían decantándose en una decena de estados indecisos, por un puñado de votos y con un empate técnico que repartiría el voto popular para el republicano Mitt Romney y el electoral para el presidente Barack Obama... entonces llegó el huracán Sandy. La tragedia a lo largo de la Costa Este alteró un camino hacia las urnas que parecía ya perfilado. Cuando en realidad, sólo acababa de comenzar.

Los cuatro debates electorales concluyeron con una ligera ventaja de Obama en las encuestas. Había remontado su propia debilidad, pero Romney también había ganado terreno y solidez ante los votantes, en materia

*Las encuestas inmediatamente posteriores al paso de la gran tormenta proporcionaban un índice de aprobación de la gestión en la emergencia del presidente en torno al 80%*

económica y diplomática. Entonces estalló la tormenta. Afectó de manera práctica al curso electoral: se suspendieron varios días la campaña; las terribles condiciones meteorológicas en la Costa Este condicionaron la participación del voto adelantado y el rastro de daño añadió dificultades a la jornada electoral en cuanto a transporte e infraestructuras en las zonas más afectadas; y a lo largo de los días en los que se declaró el estado de emergencia en nueve estados de la costa, la presencia electoral y mediática de Romney quedó prácticamente anulada. Fue, como es lógico, el presidente de EE.UU. quien

asumió el liderazgo de la gestión de la crisis, suspendiendo varias jornadas electorales de su calendario. Pero las consecuencias electorales directas de todo ello son difíciles de medir. Las encuestas inmediatamente posteriores al paso de la gran tormenta proporcionaban un índice de aprobación de la gestión de la emergencia del presidente en torno al 80%. Le agradecían el ejemplo de bipartidismo: vimos a Obama de la mano del gobernador republicano de Nueva Jersey, Chris Christie, recorriendo las zonas más devastadas y lanzándose alabanzas mutuas por la “extraordinaria reacción ante la emergencia”.

Un soplo de aire fresco en el escenario bipolar que había vivido Washington los últimos dos años. Un Congreso dominado por la mayoría republicana con tendencia a bloquear cualquier propuesta legislativa y a elevar el tono de los reproches, ante el que los demócratas siempre encontraron respuesta.

Insisten en las encuestas en que quieren ver a sus políticos buscando un territorio común de entendimiento, sobre el que construir la recuperación económica de EE.UU. Obama y Christie demostraron que sí se puede. Esa imagen, que los ciudadanos interpretaron en positivo, la clase política no acabó de verla con buenos ojos.

Entre las filas republicanas, aumentaron las voces que reprochaban a Christie, figura importante del partido y máximo respaldo de Romney como *Keynote Speaker* en la convención, su mano tendida a la oposición en el peor momento de la batalla electoral. “*I don't give a damn about Election Day*” contestó el siempre rotundo Christie. No le importaba nada el día de las elecciones, dicho amablemente. “Tengo trabajo que hacer, tengo la costa devastada, tengo inundaciones en el norte de mi estado. Si alguien piensa que en este momento me importan algo las elecciones, es que no me conoce en absoluto”. Fue la misma respuesta que ofreció el presidente Obama desde la Casa Blanca. La prioridad era salvar vidas, no la campaña electoral.

Es indiscutible que fue una tragedia de gran magnitud, pero también es innegable que ocurrió la semana antes de las elecciones. Obviar

*Quizás nunca sepamos cuánto cambió las cosas el huracán Sandy. Es indiscutible que fue una tragedia de gran magnitud, pero también es innegable que ocurrió la semana antes de las elecciones*

su efecto es un error. Quizás nunca sepamos cuánto cambió las cosas el huracán Sandy. Nunca sabremos la correlación exacta de voto, si es que la hubo. Nunca sabremos si parte del voto indeciso se decantó viendo las imágenes del presidente Obama abrazando a las familias afectadas de la costa de Nueva Jersey. Tampoco podremos averiguar si cierta parte de los votantes demócratas decepcionados, al ver a Obama asumir con decisión el rol de comandante en jefe, recordaron a aquel líder que les inspiró hace cuatro años y descartaron quedarse en casa. Imposible determinar cuánto perjudicó al republicano Romney el debate que se abrió durante el paso del huracán, sobre su disposición a recortar el presupuesto de agencias públicas, como FEMA, la agencia federal de gestión de emergencias que socorrió a las víctimas de Sandy. Y ese asunto es el que descansaba de fondo en estas elecciones. El debate sobre el tamaño y el papel del Estado en EE.UU.



No han faltado las voces de los que aseguran que Obama ganó las elecciones por su gestión de la crisis tras el paso de la gran tormenta. No me atrevería a asegurar tanto. Pero quizás sí podamos darle la vuelta al planteamiento: Obama no perdió por Sandy. La gestión fue impecable y en un país en el que sobrevuela la sombra oscura de la devastación del Katrina, un mínimo error hubiera sido imperdonable a una semana de las elecciones.

Parece evidente que una figura presidencial asumiendo el rol de líder ante la tragedia, una gestión impecable de la crisis y unas imágenes brillantes para escenificar la empatía de Obama con las familias afectadas jamás pudieron perjudicar al candidato demócrata a la reelección. *Comforter-in-chief* llamó entonces el asesor republicano Karl Rove, principal estrategia político de George W. Bush.

*Es indiscutible que la mayoría electoral del presidente se ha construido con las minorías de EE.UU.*

Obama retomó su agenda de mítines electorales, con la chaqueta de piel de aviador de comandante en jefe. Y aquel mismo viernes se publicaron las últimas cifras del paro antes de las elecciones: 7,9% de índice de desempleo, mejorando las previsiones, consolidando la tendencia de creación de puestos de trabajo de los últimos tres meses, y manteniéndose por debajo del temido 8% según la historia de las reelecciones presidenciales.

No considero oportuno hablar de “suerte” para el presidente, tras el inmenso rastro de daños. Imposible hablar de vencedores y vencidos en aquel escenario devastado en el que más de un centenar de personas perdieron la vida en la costa este de EE.UU. tras el paso del huracán y los efectos económicos sobre la costa se dejarán sentir durante años. Pero también es imposible no preguntarse si la escena electoral hubiera sido diferente, de no coincidir con el paso de la tragedia.



Pegatinas de apoyo latino a Obama en el estado de Iowa.

#### 4 *Obama resurgió de sus cenizas en Chicago*

**T**ras el paso de la tormenta Sandy, las encuestas seguían dibujando un empate en una decena de estados indecisos y una larga noche de recuento electoral, pero con una ligera ventaja del presidente Obama que parecía indicar que algo había cambiado. Recorriendo esos estados clave descubrimos que demócratas y republicanos habían desplegado un batallón de asesores legales, dispuestos a arañar hasta el último voto y a pelear un escrutinio que se auguraba ajustado. Como así fue, durante las primeras cuatro horas de recuento.

Finalmente Obama se hizo con la llave de los *swing states* y fue cerrando el camino a Romney ganando en Colorado, Iowa, New Mexico y, “por fin”, Ohio. Florida tardó unos cuantos días en decantarse, con un avance

histórico de los demócratas entre los cubanoestadounidenses. El presidente ganó la reelección con el 50,6% de los votos. 7 millones menos que en 2008. Mitt Romney se llevó el 48%, y nunca sabremos cuántos votos eran en realidad en contra de Obama, más que a favor del ex gobernador de Massachusetts.

Hay muchas teorías sobre las razones de la victoria de Barack Obama. Desde el rescate de su administración a la industria del automóvil, al respaldo del ex presidente Clinton, pasando por la superioridad de la estructura de base demócrata con cientos de miles de voluntarios locales y el dominio de las redes sociales.

Pero es indiscutible que la mayoría electoral del presidente se ha construido con las minorías de EE.UU. Mientras el voto blanco se decantaba por Romney, jóvenes y mujeres votaban por Obama. El respaldo de afroamericanos y latinos ha sido determinante. La

noche de la victoria en Chicago, en aquel núcleo de la fiesta electoral, un grupo de voluntarios hacían apuestas sobre si el presidente debía comenzar su discurso con un “gracias”, en español. Los medios estadounidenses a la mañana siguiente despertaban sorprendidos ante la importancia de aquellos diez millones de votos. “El gigante dormido” decían. El camino hacia la Casa Blanca pasa por el voto hispano, una realidad sociodemográfica a la que los republicanos también deben despertar cuanto antes. Quizás lo estén haciendo antes de lo previsto, si escuchamos los primeros amagos de concesión parlamentaria a la reforma migratoria y los nombres que ya se barajan para 2016, como el senador Marco Rubio o el último Bush de la saga, George P. Bush, con orígenes mexicanos.

El error de los republicanos fue dividir su alma en busca de un candidato, perderse en los postulados más polémicos de un debilitado Tea Party y cerrar los ojos ante una realidad social cambiante que se ha hecho escuchar en las urnas. La victoria de los demócratas fue evitar que estas elecciones se convirtieran en un referéndum sobre la presidencia de Obama y dibujar el escenario de una elección trascendental sobre dos modelos de gobierno antagonicos.

Barack Obama concluyó la última campaña electoral de su vida política con un llamamiento a la unidad, lejos de los colores republicanos y demócratas. Recuperó en Chicago las palabras olvidadas: cambio, esperanza, sueños, ilusión. Resurgió de sus propias cenizas, de la decepción, las canas, la voz agotada y la mirada caída. Con destellos de aquel político que deslumbraba hace cuatro años.

Ahora tiene cuatro años más para “pasar al lado bueno de la historia” como le gusta decir. Está en su mano hacerlo. Las agendas nacionales e internacionales esperan de aquel Premio Nobel de la Paz que esté a la altura. El presidente Barack Obama se ha puesto a trabajar de inmediato, con permiso de las inmensas expectativas y la atenta mirada del mundo entero.

*“Lo mejor está por llegar”*

**Barack Obama, Chicago 2012.**